

Un crucero invisible por María Concepció Torres Sabaté⁷⁷

Hola Raixit,

Te escribo esta carta desde la barca que va camino hacia Europa mientras no dejo de pensar que nuestro país nunca cambiará, o quizás hay intereses que desconocemos para que no cambie.

Mi madre siempre me aconsejaba que estudiara, porque así encontraría un trabajo digno, yo estudié, pero nunca encontré trabajo.

Como ya sabes, cansados de esperar, mi familia ha efectuado un pago con una buena cantidad de dinero a tu padre. Tú también debías acompañarme en este viaje, pero al final no has aparecido. Desconozco qué te ha podido pasar.

Esta barca la completamos un grupo de personas muy diversas y de todas las edades, se me hace difícil poder escribir. El tema de conversación es hablar de Europa, que encontraremos trabajo y más tarde podremos traer a la familia. A ver si tú también puedes venir pronto, así ya no estaré solo.

El viaje se ha iniciado entre la profunda oscuridad de la noche para poder pasar desapercibidos entre la vigilancia de las patrullas nocturnas de la zona. En estos momentos tengo mucho miedo. Creo que debe ser muy tarde, empieza a refrescar y

⁷⁷ España. Dra. En Pedagogía y profesora de la Universitat Rovira i Virgili Tarragona – Cataluña - España. Correo electrónico: mariaconcepcio.torres@urv.cat

en esta barca ya no cabe ni un alfiler. Todos desprendemos un fuerte olor a sudor, seguramente el miedo a lo desconocido nos hace sudar con más intensidad.

Viajamos con poco equipaje, lo que ocupa más espacio en nuestra maleta es la esperanza de encontrar un mundo mejor, más justo y con más oportunidades.

Para intentar distraerme unos minutos, abro en mi mente el libro de los recuerdos de infancia y repaso los mejores momentos compartidos en familia, desde los más dulces a los más amargos, porque en casa, tú también lo sabes bien, es muy duro hacerse adolescente. Mientras creces te das cuenta que vives en una tierra austera y ruda que no te permite ni tan solo nada, y se deben tomar decisiones como las que han tomado mis padres.

Empiezo a estar cansado y los párpados se me cierran. Los nervios me han agotado, solo puedo esperar que tengamos buena mar en el trayecto de esta noche. Raixit, mañana por la mañana te seguiré escribiendo.

Abro los ojos muy lentamente mientras contemplo el sol como una perfecta circunferencia entre la línea que marca el mar en el Horizonte y la inmensidad del azul del cielo, todo un paisaje de colores despertando a primera hora de la mañana. Aunque solo sea por un segundo, el mundo es solo para mí.

Siento un calor en la cara, quizás es hora de levantarme, tengo sed y hambre. Comeré, pero como desconozco el tiempo que durará este viaje, comeré poco.

Este sol en medio del Mediterráneo es muy fuerte, cuando vengas, sobretodo tráete mucha comida, agua y una gorra.

Estaba tan cansado que he dormido toda la noche. Desconozco qué hora debe ser.

Uno de los capataces del grupo que nos lleva en la barca empieza a gritarnos, nos hace esconder y tapar con unas ropas rústicas y rasposas, parece que se acerca un barco, nos ha ordenado que nadie se mueva. Todos bien tapados y en silencio. Pasan unos minutos, oímos ruidos de barcas viejas susurrando al oído. Algunos miembros de la tripulación abandonan la barca, se escuchan muchas palabras y cada una de ellas parece que lleve un motor adherido a toda velocidad, no comprendo nada. Nosotros seguimos en silencio total y casi sin respiración.

En mi cabeza empiezan a aparecer interrogantes: ¿Por qué se marchan de la barca? ¿Dónde van? ¿Y nosotros qué haremos?...

Ahora ya sólo se oye el motor de un barco pequeño que se aleja y nuestro aliento.

Nos mantenemos unos segundos más en silencio hasta que ya no se oye más que el ronroneo de estas aguas mediterráneas, de este mar que ahora mismo me inspira un gran terror. Sabemos que algo no va bien, empezamos a movernos con lentitud mientras nos quitamos las ropas rústicas que cubrían nuestros cuerpos.

Raixit, los patrones nos han abandonado a nuestra suerte, ahora estamos solos ante esta inmensidad, vamos a la deriva y somos incapaces de saber qué hacer, sólo nos queda esperar nuestra suerte para llegar a un destino desconocido de Europa.

Las quemaduras del sol incrementan el cansancio en nuestros rostros, pasan horas y más horas, queda poca agua y no vemos nada en el horizonte.

Los patrones han vaciado nuestra barca.

Empiezo a dudar de mi destino, ¿y si no llego a Europa? ¡No, no! Debo pensar en positivo, no puede ser que el esfuerzo de mi familia para enviarme a Europa finalice en estas aguas.

Llegaré a Europa, seguro.

Las noches son eternas y las horas infinitas, creo que llevamos dos días a la deriva, o quizás más, ya no nos queda agua y no sé si te estoy escribiendo una carta o mis pensamientos, no sé cuántas horas hace que no puedo escribir ni una palabra.

Casi no hay comida, junto a mí una desconocida de la que sólo se su nombre, Asia, llora desesperadamente. Embarcó con su hijo pequeño, muy pequeño, unos meses, pero el pequeño no lo ha superado. Lo tiene en sus brazos cantándole una canción de cuna como las que me cantaba mi madre cuando era pequeño. Quizás nunca volveré a verla.

El cielo está oscureciendo de repente, unas nubes más que grises empiezan a abrigar al sol con una lentitud a ritmo del paso del tiempo como el reloj de esta barca. ¿Qué pasará ahora?

Un hombre de edad avanzada ha rezado durante toda la travesía, calla y nos pide que nos agarremos bien fuerte donde podamos, se acerca una tormenta. Debe ser un hombre de mar. Sólo nos faltaba esto ahora. Todo el mundo obedece y se agarra dónde puede y la madre al cadáver de su hijo.

La tormenta llega y todo se balancea....

Las olas se convierten en agresores gigantes, la madre con el bebé en brazos no ha dejado que la gran ola la hundiera, ya lo ha hecho ella misma, se ha lanzado de la barca abrazando con todas sus fuerzas a su hijo. He intentado detenerla, pero su mirada me ha trastornado el alma y no he hecho nada. Una ola me tumbó en la barca y supongo que perdí el conocimiento.

No sé qué ha pasado durante la noche, alguien me ató con unas cuerdas a las maderas desgastadas que quedaban de la barca. Tengo la boca seca, no puedo engullir la poca saliva que me queda y siento los labios como la dureza del cartón. No siento el cuerpo, ni la cara, ni nada... quizás esté muerto.

Escucho los sonidos de motores de barcas, ya las tengo cerca, muchas voces extrañas resuenan en mi cabeza, hablan y hablan, pero no entiendo ni una palabra. Estoy paralizado, no puedo abrir los ojos, siento infinidad de manos sobre mi cuerpo, me trasladan. No comprendo nada.

Puedo empezar a entreabrir los ojos, con un pequeño aliento de aire y una brizna de voz consigo articular una pregunta: ¿Dónde están todos? Uno de ellos me responde: No hay nadie más en la barca.

Ya sé dónde están, el Mar Mediterráneo los ha engullido durante este viaje, el bebé y su madre, el hombre que rezaba.... Ahora todos son cadáveres decorando el fondo marino. Todos ellos tenían una vida, una familia, su historia.... Y ya nadie sabrá nunca que....

Raixit, no corras, aquí también somos invisibles como esta carta, como este viaje, como este crucero.